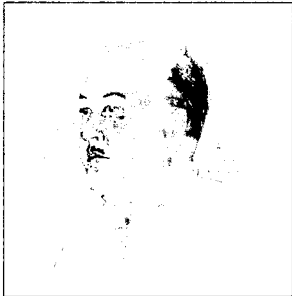


ARCHIVOS Y FONDOS DOCUMENTALES DE MÉXICO

Entrevista con Alicia Reyes, directora de la Capilla Alfonsina



1999 fue un año de conmemoraciones alfonsinas. Se festejaron 110 años del natalicio de Alfonso Reyes y se cumplieron cuarenta de su fallecimiento; al mismo tiempo, la Capilla Alfonsina celebró seis décadas de albergar los objetos personales, familiares y artísticos de Reyes. En el entorno de esta casa-museo y centro documental, se custodian también gran parte de la

biblioteca del autor y sus manuscritos.

*Con su proverbial generosidad, la doctora Alicia Reyes, directora de la Capilla Alfonsina, accedió a conversar con la redacción de *Literatura Mexicana* sobre la historia y las perspectivas de este centro documental.*

En 1939, cuando Manuel Toussaint termina de construir esta “casa de libros”, Alfonso Reyes escribió en su “Diario”: “No puedo creer a mis ojos”. Entre aquella fecha fundacional y los siguientes veinte años de vida de su abuelo, ¿qué imágenes recuerda con mayor nitidez de la presencia de Reyes en este sitio?

Podría extenderme por varias horas sobre esas imágenes de mayor nitidez. Recuerdo mucho su tren de trabajo, su vida cotidiana en cuanto al orden, la disciplina. Él se levantaba muy temprano y desayunaba; inmediatamente contestaba su correspondencia, porque decía que era lo que más pereza le daba. Más tarde salía, ya fuera a la Academia de la Lengua, al Fondo de Cultura Económica, a algunas otras instituciones. Luego regresaba, por lo general comía muy temprano, más o menos como a la

una y media, dos de la tarde máximo. Lo que ocurría después de comer era muy lindo. Íbamos a dar una vuelta alrededor de la manzana. Más que nada era con el afán de saludar a los vecinos, y sobre todo a las mujeres guapas. Recuerdo mucho —y eso lo he contado en mi *Genio y figura de Alfonso Reyes**— cómo una vez una vecina, no sé si por coqueteo o por qué, repitió aquel gesto de que se le cayera el pañuelo. Mi abuelito se lo levantó muy solícito, y doña Luchita —que así se llamaba— le contestó: “¡Ay don Alfonso!, ya va usted a empezar a querer a venir a molestar”. Yo creo que por los nervios. Entonces él me dijo, muy lindo: “Por favor, no se te olvide lo que acaba de decir la señora y algún día cuéntalo, porque es precioso.” Como ésta tengo presentes muchísimas anécdotas. Además de que, en muchas ocasiones, él tenía ese..., pues ese don poético indiscutible. Tampoco he olvidado un día de mucho frío, cuando vio a un pajarito cantando, y él le dijo, con su maravillosa voz: “friolento, flaco, tildío / que parado en el alambre / estás engañando el hambre / con tu tiripiquitío”. Así le salían la poesía y los cuentos.

Entre otras cosas, también recuerdo cómo al atardecer —por entonces la casa de mis padres y ésta, de mis abuelos, se comunicaban por la terraza y por el garaje—, él iba con frecuencia a buscarme con su ponchito argentino echado sobre los hombros, y en el piano de mis papás tocaba nuestra contraseña que era “taran tan tan, taran tan tan, tan tan tan tan”, y entonces bajaba yo o subía de donde estuviera, volada, porque era la hora de cambiar la guardia; éste era su castillo, los centinelas estaban cansados y había que cambiarla, y desde entonces yo le puse Mi Reyecito. En fin, esos son recuerdos bastante lejanos.

Además, aquí en la Capilla, aquí a mis espaldas, está una flauta de pan, del dios Pan, que él empleaba, sobre todo, para tocarme *Las mañanitas* el día de mi cumpleaños, o el día de mi santo. Por otra parte, tengo muy presente su increíble memoria. Mi papá y él jugaban en muchas ocasiones a que mi papá leía un pasaje de cualquier libro que tomaba de los estantes, y mi abuelito inmediatamente le decía: “Eso es Calderón de

* Este año el Fondo de Cultura Económica publicó la cuarta edición.

la Barca”, o “es de Lope de Vega”, o... Tenía una memoria increíble; sobre todo creo que poseía un don especial para detectar los estilos literarios, tanto de los clásicos como de los más modernos; por ejemplo, sabía perfectamente detectar el estilo de Antonio Machado, o algún pasaje de Borges. En fin, tenía muy presente el estilo de cada escritor. Esos eran algunos de los juegos que emprendíamos.

Otro juego muy socorrido por mis abuelos consistía en adivinar pintores a través de los cuadros en libros de arte. Esa fue una manera deirme integrando poco a poco a este océano de libros. Él me explicó, desde muy pequeña, cómo estaba clasificada su biblioteca, que él y mi abuela habían ordenado de acuerdo con su sistema: por países, dentro del país por orden alfabético de autores, y la verdad era muy fácil encontrar un libro. Pero volviendo a su maravilloso sentido del humor, éste lo impregnaba todo.

Era un ser sumamente lúdico...

Sí, me encantaba. A veces me lo encontraba yo aquí, con un mantón español de mi abuela y se ponía a cantarme una zarzuela o una opereta... era divino. Asimismo, todas las anécdotas que me fueron contando de sus viajes, de las amistades que tenían en España... de Azorín, Juan Ramón Jiménez, Valle Inclán, Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, en fin, toda aquella pléyade que, en determinado momento, supo valorar al joven Reyes en España. De igual forma, escuché tantas anécdotas de su viaje a Brasil, a Argentina... Todas esas estancias poblaron mi fantasía durante muchísimo tiempo.

Mi abuelito tuvo mucho la culpa de mi gran cariño por Borges, porque él estaba aquí diariamente en el recuerdo de Reyes, y también de mi abuelita y de mi papá. Por ejemplo, decía mi abuelo que cuando él conoció a Borges, —por cierto muy jovencito ya que se llevaban diez años— creo que Borges nada más había sacado un libro. Un día fue a ver a Reyes a la embajada, pero no le dio el libro en propia mano, sino que se despidió y como que se le olvidó *Fervor de Buenos Aires* sobre el escritorio de la oficina. Así empezó aquella amistad hermosísima que duró hasta la muerte de mi abuelo.

También tengo presente la gran admiración que tanto mi papá como mi abuelo sentían por Victoria Ocampo. Particularmente, me impresionó mucho. Ella representó para mí una especie de ideal de mujer, por su gran inteligencia, por su maravillosa manera de utilizar su inmensa riqueza para el bien de la cultura y para el bien de Argentina y del mundo entero.

¿Jorge Luis Borges conoció la Capilla Alfonsina?

Sí, porque en 1973 se le otorgó el primer Premio Internacional Alfonso Reyes. Aquí se lo entregamos. Costó muchísimo convencerlo para que viniera a México, porque su madre estaba delicada de salud. Gracias a Miguel Capistrán pudimos tenerlo aquí. Capistrán se fue a Argentina, estuvo allá bastante tiempo, conoció mucho a Borges, y él hizo realmente la labor de convencimiento. Borges, muy lindo, decía en algunas entrevistas a propósito del galardón, que él había venido a recibir el Premio Nobel en la Capilla Alfonsina. Yo le pregunté a Georgie qué veía. Me dijo: "Huelo los libros y veo como luces amarillas". Era lo único. Cuando estuvo aquí lo llevamos también a ver las..., a tocar más que nada, las pirámides de Teotihuacán.

Paulina Lavista le tomó a Borges unas fotos espléndidas en Teotihuacán.

Exacto, sí, fueron estupendas. Además fue muy emotivo, muy emotivo realmente, ver con qué amor tocó aquellas piedras. Aquí en la Capilla se paseó por todos lados. Ya en años posteriores siguió viniendo en muchas ocasiones para un programa de televisión, para conferencias, etcétera. Siempre venía a la Capilla y aquí comía Georgie. Entonces todavía vivía mi nana, la famosa Emilia, que en un tiempo la llamaron la nana del licenciado Reyes, y le preparaba cosas muy ricas... lo consentíamos todo lo que se podía, como que sí, ha sido un personaje esencial en mi vida. Yo creo que para la misma Capilla Alfonsina; entre muchos otros, como después diremos.

Sigamos en aquel año del regreso definitivo a México. Según consta en el "Diario", fue una etapa difícil en la vida de Reyes, quien en ocasiones se sos-

tuvo sólo “por el frío deber”. Al hacer consciente el aislamiento, fue él quien se acercó a muchos de sus pares mexicanos. Andando el tiempo, ¿cómo se manifestó la presencia de los amigos de Reyes en esta casa?

Es muy interesante pensar en eso porque en su “Diario” él deja constancia un poco de la desorientación de los primeros meses, me imagino del primer año de readaptación en su propio terruño. Yo creo que sí. Fue maravilloso el que tuviera su biblioteca porque por fin pudo alojar sus libros en forma conveniente; pero, sí, hubo cierta tristeza; es más, en su anecdotario tiene una parte hermosísima que se llama “Prodomo sua”, un texto maravilloso donde hace constar justamente esa etapa de tristeza, tal vez un poco de melancolía, muchas cosas que le costó trabajo aceptar, tanto que él dice...

Es que fueron veintiséis años fuera del país...

Sí, porque significó encontrarse otro México, y por otra parte también el toparse con gente que veía, tal vez con malos ojos, a una persona que había estado tanto tiempo fuera de México. Tanto es así que ahora, cuando alguien —digamos— algún joven que viene a verme, yo quisiera preguntarle: “¿Qué quieres, al Alfonso austero, o al Alfonso campechano, o al...” En fin, como que él se sentía un poquito temeroso de qué imagen dar ante los propios mexicanos. Pero poco a poco se manifestó lo que también he llamado el maravilloso imán alfonsino: fue atrayendo a todos los jóvenes y a los no tan jóvenes de su época. Por aquí desfilaron constantemente Carlos Fuentes y Octavio Paz. Hace muchos años yo publiqué en *Excelsior*, en el *Diorama*, un pequeño ensayito que se llama “Una sonrisa alfonsina para Octavio Paz”. Creo que esa inserción no le gustó mucho a Octavio porque tal vez él no quería, a veces, ser muy sentimental. No entiendo, era un poquito complicado en cuanto a su carácter ¿no? En fin, ahí está ese testimonio de cómo recuerdo que Octavio venía aquí mientras yo estaba jugando con mis hermanos, en el garaje, a la pelota. Definitivamente algunos de los que más venían eran Carlos Fuentes, Ramón Xirau; los hermanos González Casanova estaban por acá muy seguido, y todo los lunes hacía acto de presencia Ma-

nuel Sandoval Vallarta. José Gaos también frecuentaba a menudo la Capilla. Creo que mi abuelo sostenía sus mejores charlas —a veces yo oía hasta las carcajadas— con don Pepe Gaos, con Carlos Fuentes, tal vez por una empatía muy especial con mi abuelo.

Por otra parte, también el que venía mucho era el Abate José María González de Mendoza, que quiso mucho a mi abuelito y yo lo quise mucho a él y a su esposa Conchita, para mí fueron gente muy especial. El Abate, entre las cosas que ha escrito de sus recuerdos sobre Reyes, dejó constancia de su inmensa memoria. Otra persona muy cercana fue don José Rojas Garcidueñas, que era simpatiquísimo, adorable, no menos que su esposa Margarita Mendoza López. Bueno, tendría que hacer una lista enorme en la que, desde luego, entran varios de los Contemporáneos.

Alicia, a propósito de la presencia de los Contemporáneos en esta casa, ¿cómo fue que llegaron a la Capilla parte de los objetos, los libros, las revistas, de Xavier Villaurrutia?

Esto es muy emocionante, pero eso ya fue mucho después de la muerte de mis abuelos y de mi padre. Resulta que yo fui secretaria general de la Unión Femenina de Periodistas y Escritoras; ahí conocí a una señora preciosa que se llama Soledad García. Ella, por cuestiones de salud, se fue a vivir a Cuernavaca, espero en Dios que ahí siga. Antes de salir me dijo que tenía muchos objetos de Xavier Villaurrutia. Ella sabía perfectamente el enorme cariño de Villaurrutia y de Reyes, y añadió: “Quiero donar ese acervo a la Capilla, quiero que tú lo custodies y lo guardes”. Fue muy emocionante para mí porque, entre otros objetos, tenemos la mascarilla mortuoria de Xavier; asimismo, nos donó una cajita de plata donde hay pétalos de rosa, que eran de Xavier y que todavía huelen. Además, ejemplares especiales, su reloj, su taza, unas fotografías excelentes, y muchas de las cartas con la hermana de Xavier. Eso lo recibí con un cariño increíble.

Por otra parte, siempre oí hablar mucho a mi abuelo, con verdadera admiración, de la obra de Xavier Villaurrutia; habían muchas coincidencias entre ellos dos; poéticamente hablando, de intereses universalistas y,

por otra parte, la afinidad por el cine y el teatro, que a mi abuelo le subyugaban.

Alfonso Reyes falleció el 27 de diciembre de 1959. Su viuda, doña Manuelita Mota, le sobrevivió seis años. En 1965, el padre de usted, Alfonso Reyes Mota, se encargó del legado alfonsino. ¿Cómo fue que éste se convirtió en el centro documental que conocemos?

Más que nada quiero hacer hincapié en que esto siempre fue, desde que vivía Reyes, un centro de estudios literarios. Ya desde el tiempo de mis abuelos muchos jóvenes venían a consultar libros y documentos. Posteriormente, sí, mi abuelita estuvo al frente. Tan linda, siempre estuvo escarbando entre los papeles inéditos de su Alfonso. Así fue como encontramos la opereta *Landrú*. El descubrimiento coincidió con la llegada de Juan José Gurrola a este recinto, y mi abuelita —con una especie de ojos pícaros— le dijo: “Juan José, te tengo algo que no te has imaginado”. Él estaba casado entonces con Pixie Hopkin. Se entusiasmó en una forma increíble, y así fue como se puso el primer *Landrú* en la Casa del Lago. Fuimos varios domingos. Yo acompañaba a mi abuelita, con la nana Emilia. En una ocasión encontré a la nana Emilia en la cocina, acabábamos de regresar de ver *Landrú* y Emilia decía: “¡Ay!, chimeneo, chimeneo, ven. ¡Ay! chimeneo”, en lugar de: “Ven Himeneo, ven, ven Himeneo”. Hay muchas anécdotas lindísimas. Fue una puesta en escena excelente y mi abuelita la gozó; eso fue poco antes de que ella muriera en 1965.

Ella también encontró la “Oración del 2 de febrero”, en prosa, de Reyes. Creo que es uno de los textos más hermosos que escribió en cuanto a ese amor filial, pero lo curioso es que el manuscrito estaba realmente enterrado entre sus papeles, al fondo de uno de los cajones de cartón que están aquí en la Capilla. Mi abuelita y mi padre decían que posiblemente era una especie de pudor filial, ya que se trata de una obra tan íntima para él; mi abuelita lo encontró y autorizó la publicación. Constantemente ella iba a la casa de mis papás, a veces a las tres de la mañana, tocaba a la ventana de mi cuarto y decía: “Ven, ven, quiero que me leas una

cosa, acabo de encontrar esto". Y así era, francamente creo que no descansábamos mucho, pero la gozábamos con sus hallazgos.

Podríamos decir entonces que, desde que Reyes instaló aquí su biblioteca, su casa de trabajo ha sido efectivamente un centro permanente de investigación.

Exacto. Lógicamente ha ido aumentando el impacto internacional de la Capilla como centro de estudios literarios; porque aquí constantemente tenemos investigadores de todos los países, y también nuestros investigadores nacionales.

Además de estar integrada al Centro Nacional de Información y Promoción de la Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes, ¿la Capilla cuenta con una fundación de patronos o una sociedad de amigos? En caso de no ser así, ¿cree que se debería buscar algún otro tipo de apoyo institucional?

Ya lo hemos intentado varias veces; es más, cuando aún vivía mi padre yo fui a hablar con don Carlos Trouyet y el que era su segundo de abordo para tratar de rescatar esto. Luego tuvimos aquí a Salvador Novo, nada menos, en nuestros primeros intentos por salvar la Capilla. En aquella época, Miguel Capistrán me ayudó mucho para que estuviera presente toda la intelectualidad de México, pero todo se quedó platicado; es decir, si no se hubiera dado la coyuntura de que en la Academia de la Lengua me encontré —en 1972— con el entonces presidente Luis Echeverría, posiblemente ni siquiera este lugar fuera patrimonio nacional, como era el deseo expreso de mi abuelo. Gracias al licenciado Echeverría, mi padre y yo pudimos, por lo menos, hacerlo patrimonio nacional; posteriormente, con otro presidente, José López Portillo, se hizo una reinauguración de la Capilla, con museografía del Instituto Nacional de Bellas Artes. La ayuda del Instituto Nacional de Bellas Artes ha tenido sus altas y sus bajas. Han habido directores que han sido un encanto, una maravilla conmigo. Han habido otros medio indiferentes. Afortunadamente no ha sido el caso de Gerardo Estrada, quien ha sido muy deferente con nosotros. Otro tanto puedo decir de los directores de

literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes. Creo que lo que sucede es que quizá nos tocaron ciertas épocas en que todo era gobierno, entonces no se le daba la apertura, como debe ser, a la iniciativa privada. También eso nos dañó mucho. Justamente mi otro “abuelo”, Jaime Torres Bodet, me decía: “No te preocupes, por lo menos ya está institucionalizada”. También a él le inquietaba mucho que esto no tuviera alguna cobertura, alguna especie de sombrilla. Pero no hemos llegado a realizar mi sueño, que es crear realmente una fundación. Tenemos una Fundación de Amigos de Alfonso Reyes, pero está como en el aire, montada sobre una nube, no se da nada, no hay escritura, no hay...

Es super honoraria.

Es super honoraria, exacto. Recientemente he hablado nada menos que con Alfonso Rangel Guerra, parece que él iba a lanzar algunos anzuelos en Monterrey. Lo que sucede es que la gente de Monterrey la ve como recinto que está en la capital; yo creo que también eso dificulta un poquito el asunto. Estuvimos en la Universidad Nacional Autónoma de México, también con autoridades. Hubo cierto interés. Estuve en casa de Margarita García Flores, ex diputada, una mujer muy inteligente; con Nachito Toscano y con otras autoridades del Instituto Nacional de Bellas Artes —cuando estaba Daniel Leyva—. También parecía que ya íbamos concretando algo, que finalmente no se logró. Así seguimos. Ahora, lo que a mí me preocupa es lo que va a pasar con esta casa cuando Alicia Reyes no exista.

Sobre todo va a prevalecer en ella el espíritu humanista de Alfonso Reyes; claro, los apoyos institucionales son importantes y deben otorgarse con visión de futuro.

Exacto, porque, por ejemplo, nosotros no manejamos ningún presupuesto. Yo nunca he manejado un solo quinto de Bellas Artes, y nunca lo he querido, para no tener problemas. A lo largo de tantos años, desde que murió mi abuela y entró mi papá al quite, y cuando murió él, en 1974, es decir, por más de 25 años, muchos de los gastos de aquí han salido de mi

bolsillo. Recientemente tuve un poquito de apoyo, han pintado la fachada, etcétera; pero eso no deja de ser mero mantenimiento, sin ninguna perspectiva de expansión, de crecimiento real como yo lo quisiera.

Justamente, con la intención de conocer algunos de esos problemas hacemos la entrevista. En Genio y figura de Alfonso Reyes, usted recupera una de las últimas conversaciones que sostuvo con Reyes, quien le confió: “Cuida también de mi biblioteca para que mis libros y mis manuscritos no se dispersen [...] que lo que he construido con amoroso esfuerzo no se pierda ni quede envuelto en indiferencia, telarañas y polvo...” ¿Considera cumplida cabalmente esta aspiración?

Dentro de mis posibilidades sí, dentro de lo que tal vez él hubiera querido, no. Es decir, he dado mi mejor esfuerzo; otro fue partir prácticamente en dos esta Capilla para que parte del acervo de Reyes, que se me estaba deshaciendo en las manos, tuviera un cuidado, un alojamiento pertinente. Por ello se creó otra Capilla Alfonsina en la Universidad de Nuevo León, en Monterrey. Creo que el ala de allá está perfectamente bien puesta, tiene aire acondicionado, está muy cuidada, y fue necesario también porque aquí tenía yo doble y triple fila de libros, en una de esas se me iban a caer los estantes con todo y libros, y por otra parte no tenía ningún presupuesto para reencuadernación y restauración de todo ese acervo.

Además, creo que no sólo es un hecho simbólico sino culturalmente importante que parte de los libros de Reyes estén en su natal Monterrey.

Claro, porque como dijimos aquí, recientemente, cuando vino Jorge Pedraza, el director de la Capilla Alfonsina de allá, hemos creado un puente entre las dos capillas. Lógicamente, para estudiosos como el doctor James W. Robb de Washington, debe ser más cómodo ir a Monterrey que venir a la ciudad de México, hasta por la altura misma en cuestiones de salud. Asimismo, recientemente estuvo una chica Eugenia —no recuerdo su apellido—, de Bélgica, investigando también en la Capilla de allá, y luego llegó a la de México; entonces constantemente estamos pro-

moviendo el conocimiento de la obra alfonsina tanto en Monterrey como en esta Capilla.

Si consideramos que México es un país con escasa cultura de la conservación de los acervos de escritores e intelectuales, una encomienda como la que usted recibió implica desafíos considerables, ¿cuál ha sido el mayor de ellos?

Por una parte, el mayor reto ha sido tratar de darle un buen funcionamiento a la Capilla, poder atender a los investigadores de una manera digna. Hay que ver cómo me han llegado cartas de agradecimiento por toda esa manera de tratarlos; ahí están los archivos para quien quiera consultarlos. Es decir, creo que quien ha llegado aquí se ha sentido complacido, tanto profesional como afectivamente. Eso también es fundamental.

Otro reto importante fue crear, cuando todavía vivía mi padre, el *Boletín* de la Capilla Alfonsina. Lo hacíamos en mimeógrafo; después lo sacamos en imprenta; lo sostuvimos hasta donde pudimos, hasta el número 36. Fue entonces cuando nuestro coordinador, el licenciado Fernando Díaz de León, fundador también del *Boletín...* me dijo: "Ya no podemos seguir". Porque nos estaba costando dinero de nuestro bolsillo. No teníamos ningún apoyo. Sí, han sido retos que de repente hemos podido lograr, pero en otras ocasiones hemos tenido que echar un poquito marcha atrás.

Algo que sí he cumplido cabalmente ha sido el seminario sobre vida y obra de Reyes que imparto aquí y mi taller de creación literaria que ya lleva dieciocho años de establecido, y varias generaciones de alumnos, algunos muy destacados, como Héctor Perea.

En la Capilla se percibe una presencia continua de conferenciantes, de especialistas, y esa actividad se refleja en el acercamiento del público a la obra alfonsina.

Sí, eso es un punto importante. También hace más o menos tres años, empezaron las sesiones de la Academia de Ciencias y Humanística, institución formada principalmente por médicos. El decano es el maestro Pe-

dro Ramos, y entre otras personalidades contamos con Ruy Pérez Tamayo, nada menos. Poco a poco esa Academia ha ido creciendo, y creo que las conferencias han sido de primera. Recientemente, la semana anterior, recibimos en ella a la maestra Bertha González de Cosío, quien está ordenando el archivo del general Bernardo Reyes, aquí en la Capilla; nos dio una conferencia extraordinaria, con mucho éxito. Además, el miércoles pasado tuvimos nuestra participación en el ciclo de “Los Contemporáneos hoy”.

Creo que esta manera de ir promoviendo, no solamente a Alfonso Reyes sino también otros sectores de la cultura, es muy importante. Con el maestro Antonio Rivas hemos hecho varios cafés helénicos, que no se realizan aquí en la Capilla porque el recinto es bastante pequeño y además no podemos servir alimentos. Entonces lo hacemos en la Cafetería Alemana que está a tres cuerdas de aquí. Sorpresivamente, cada vez se ha acercado más gente interesada en ese despertar del auténtico helenismo. Creo que a mi abuelo le hubiera dado mucho gusto. El 28 de diciembre celebramos el aniversario de Sócrates y el 27 de diciembre —en el aniversario luctuoso de Alfonso Reyes— evocamos a ambas figuras en ese maravilloso café helénico. Antonio presentó una obra suya muy linda que se llama *El lamento de Jantipa*, y un chico muy joven le puso música. Esa es otra de las labores de la Capilla.

¿Qué clase de apoyos institucionales y económicos considera indispensables para dar continuidad y ampliar los servicios de la Capilla Alfonsina?

Ante todo, crear el grupo central de amigos, o fundación o como se le quiera llamar, como es la idea de Alfonso Rangel Guerra y de Fernando Curiel, entre otras personas. De acuerdo con las propuestas de este grupo, ir recabando recursos de diferentes instituciones, entre otras el mismo Fondo de Cultura Económica. Públicas y privadas. En Monterrey hay bastantes recursos, y a partir de esas aportaciones, entonces sí; lo que me interesaría mucho es tener bastantes recursos, para crear becas a nivel nacional e internacional. Creo que formando un grupo de jóvenes investigadores podríamos hacer proyectos excelentes.

Quien conoce y estudia la obra de Alfonso Reyes y la cultura de su tiempo sabe de la existencia de la Capilla, o está perdido desde el principio. Aún así, ¿cree necesario aumentar la difusión de estos acervos?

Más que nada, lo hicimos en un tiempo, cuando existió aquel canal maravilloso de televisión, el canal 9, con Miguel Sabido. Tuvimos ahí muchos programas donde la Capilla participó activamente y yo también, pero desgraciadamente se nos acabó ese foro. Yo creo que no solamente en el caso de la Capilla, sino el de la cultura general en México, sí, se necesitaría una reestructuración de la difusión de la cultura, porque lo que pasa es que muchas veces la gente se asusta cuando se le habla de cultura, a nivel general, a nivel masivo. Pienso que debe llevarse un poco la enseñanza alfonsina de que la cultura tiene que ser algo de todos los días, algo alegre, algo hermoso, no que se ponga cara de conferencia, cara de concierto, o cara de ópera como decía mi abuelo, no. Debe ser algo de todos los días. Para eso se necesitarían programas muy *ad hoc*, con un equipo bien hecho, donde se acerque más a los jóvenes. Estoy convencida de que lo que más interesa es eso, que el joven se acerque a la verdadera cultura, a la cultura que vale la pena.

Sin duda, todo lo que se haga para recuperar y conservar la memoria de los escritores es fundamental. Como en otros países, ¿habría que crear una red de archivos?

Sí, justamente esa fue la idea de Leopold Sedar Senghor al crear los archivos latinoamericanos y del Caribe. Creo que sí, efectivamente, falta una conciencia real de los funcionarios que están al frente de todos estos asuntos, porque creo que hay un ejemplo maravilloso en Europa, no solamente en lo que se refiere a los archivos, sino también a sus bibliotecas nacionales. En fin, todas esas instituciones que nos están hablando de algo bien hecho. Pero hay más: ese amor por conservar las casas de los escritores, pintores, compositores... Yo recuerdo mucho la casa de Victor Hugo, por ejemplo, o la casa de Valery Larbaud en Vichy; es decir, hay ejemplos a seguir, y eso es lo que nos está haciendo falta también, que sea un todo, casa, archivos. Tener algo vivo. Sí, definitivamente aho-

ra, con la maravillosa tecnología, creo que las cosas se facilitan, pero hay que tener los recursos.

En España, por ejemplo, se pueden consultar, vía Internet, diversos acervos integrados al Centro de Información Documental de Archivos, el CIDA.

Eso está haciendo falta en México, pero para ello se necesitan recursos y conciencia de los funcionarios, que se den cuenta de la importancia de lo que estamos hablando.

Porque muchas veces se tienen los recursos, no es el caso desafortunadamente de la Capilla, pero no se tiene la visión para hacer lo pertinente.

Claro, no hay conciencia. Es que mientras ciertos funcionarios crean que su único papel es salir en el periódico o en la televisión, y lucirse, no vamos a llegar muy lejos, lo digo con toda sinceridad.

Volvamos a esta casa. En agosto de 1939 Reyes cita a Alfonso Méndez Plancarte cualquier "tarde libre" para revisar unos inéditos de Amado Nervo. Cuatro años después, Méndez Plancarte publica aquellos versos postreros de La última luna. ¿Podemos ver en ese desprendimiento la voluntad alfonsina de difundir, desde su casa, la obra propia y la ajena, como de hecho ha ocurrido con la publicación de tantos epistolarios salidos de aquí?

Sí, es muy cierto. Creo que él también sembró ese deseo de ser un transmisor de cultura, no sabría cómo llamarlo de otro modo. Por una parte, está el caso que citas. Además el hecho de que ya, en mi propia experiencia, hemos recibido aquí a investigadores que no han venido a consultar la obra de Reyes en concreto. Es el caso de Ángela de África. Ella hizo su tesis para la Sorbona de París sobre Rosario Castellanos. Esa es una labor muy linda, mía y de un gran amigo, de Octavio Gordillo. Él es un chiapaneco y me ayudó para que Ángela pudiera ir a Chiapas; esa maravillosa mujer se fue con dos maletas llenas de documentos, estaba fascinada, y su tesis fue todo un éxito. Por otra parte, hemos tenido aquí consultas sobre todo lo que ustedes puedan imaginarse. En cuanto a epistolarios, lógicamente ya se han editado los más importantes, como

pueden ser el de Genaro Estrada —uno de los más voluminosos—, editado por El Colegio Nacional, con la ayuda de Serge Zaitzeff, quien viene de Canadá, y varios más: el que preparó Fernando Curiel sobre Guzmán-Reyes, y el de Torres Bodet-Reyes, etcétera. Sí, hemos dado bastante cabida a esa clase de ediciones, y gracias principalmente a los investigadores y al entusiasmo que ellos le ponen para establecer también contactos entre la Capilla y, digamos, El Colegio de México, El Colegio Nacional, o la Universidad Nacional; en fin, para permitir que esas ediciones se lleven a cabo; sin embargo, falta mucho por hacer.

Uno de los pendientes principales es la edición íntegra del “Diario” de Alfonso Reyes. Yo edité con la Universidad de Guanajuato la primera parte, hasta 1930, pero falta del año siguiente a dos días antes de su muerte, en 1959. Se comprenderá que no es labor para un solo hombre, sino para un equipo de investigadores. Para emprenderla se creará una comisión interinstitucional. Al respecto, recientemente conversamos con Fausto Vega de El Colegio Nacional, Alfonso Rangel Guerra, representante de diversas instituciones culturales neoleonesas, Fernando Curiel del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional, Javier Garciadiego, de El Colegio de México y —desde luego— habrá de integrarse el Fondo de Cultura Económica.

Sobre los epistolarios, volvemos a lo mismo: se han editado muchos. Por ejemplo, José Luis Martínez sacó la primera parte del Henríquez Ureña-Reyes, pero falta una gran parte. En Santo Domingo, De Morisi editó la correspondencia completa de Henríquez Ureña y Reyes, pero no fue una edición como la de José Luis Martínez, realmente crítica y anotada, como debe ser. Eso está haciendo mucha falta ya, una buena edición, en forma, de todo el acervo documental de Alfonso Reyes.

Repensemos el caso de esta investigadora que vino a trabajar sobre Rosario Castellanos; lo que otra vez se percibe es la necesidad de esta red de información, porque llegan los investigadores del extranjero y no saben por dónde iniciar, entonces acuden a la Capilla, a la Biblioteca Nacional o al Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional, y de ahí se van abriendo camino.

Sí, porque yo he tenido la queja de muchos investigadores sobre la falta de respuesta de ciertas instituciones a las que escriben, sin ningún resultado. Eso da vergüenza como mexicano, no dar el servicio que debe proporcionarse a esas personas interesadas en nuestra cultura, en nuestros tesoros, en todo lo que tenemos en México...

Sí, por supuesto. Alicia ¿considera que sería grato para la memoria de Reyes que la Capilla custodiara otros acervos de escritores, digamos los de algunos contemporáneos?

Indiscutiblemente sí, le encantaría. Ya tenemos aquí parte del de Villaurrutia. Por qué no tener otros.

Es decir, ¿si por suerte llega un heredero de un escritor y hace una donación documental, ésta sería bienvenida?

¡Ah, claro! Porque creo que también esa era otra de las preocupaciones de Alfonso Reyes, ese enlace que debe existir, y sobre todo entre los colegas de cualquier época.

Además de lo ya comentado sobre la vida de la Capilla y el estudio y difusión de la obra de Alfonso Reyes, ¿de qué otra manera puede contribuir la Capilla al estudio y difusión de la literatura mexicana?

Ya hemos adelantado algo, pero creo que si tuviéramos más recursos y más maneras de hacerlo, sobre todo poder pagar —esa sería mi idea— a maestros, a especialistas en determinados temas, y abriendo cursos, ya fuera en combinación con El Colegio de México, o con la Universidad Nacional, principalmente. En esto coincido mucho con José Luis Martínez, en cuanto a su preocupación de que hay que hacer una nueva relectura, o llamémosle como se quiera, de la literatura mexicana; es decir, desde antes de la Colonia hasta nuestros días. Porque de esa manera vamos a poner los puntos sobre las íes, se pueden deshacer un poco los mitos que se fueron creando en todas las épocas, resaltar a aquellos poetas olvidados —también es la queja de Andrés Henestrosa, quien ha platicado conmigo sobre el deseo de Alfonso Reyes de estudiar más a fray Ma-

nuel Martínez de Navarrete—, así como a muchos otros poetas que han quedado un poquito en la sombra. Pienso que eso es lo justo; hacer una nueva relectura, como la que se está emprendiendo con Neruvo. Eso implica deshacer un poco el mito, no porque no se lo merezca, sino porque hay otros aspectos de Neruvo que definitivamente no conocemos o no hemos valorado lo suficiente, como es el caso de su prosa.

Bueno, además de lo que está diciendo tan atinadamente, porque las perspectivas cambian, la manera de leer se va transformando con las nuevas metodologías, con los cambios en la teoría de la literatura, etcétera, entonces, sí se puede hacer una relectura permanente de la literatura mexicana.

Tenemos una riqueza increíble. Yo misma me he asombrado de encontrar en otro personaje de nuestra literatura, que es Federico Gamboa, páginas de una excelencia extraordinaria, y estoy hablando principalmente de *Impresiones y recuerdos* de Gamboa. Ahí hay textos que están a la altura de lo mejor, a nivel mundial; pero creo que nos ha faltado visión de rescate y de exaltación de muchos de nuestros valores mexicanos, y eso es una gran labor que se ha emprendido en parte, pero hay mucho más por hacer.

Una manera de concluir puede ser recordando la frase tan justa de Reyes sobre el quehacer común hacia la cultura, y en ese sentido, sin duda todos debemos pensar en cómo impulsar a la Capilla Alfonsina.

Muchísimas gracias, espero que lo podamos lograr.

